

El extrañamiento en la Psicopatología: ¿despersonalización, desrealización, trastornos del yo?

J. M. González Calvo^a y C. Rejón Altable^b

^aCSM Tortosa. Tarragona. ^bHospital Universitario de la Princesa. Madrid.

Estrangement in Psychopathology: depersonalization, derealization, disorders of the self?

Resumen

La historia del extrañamiento como objeto clínico es reciente y concreta. Su definición negativa se descubre en tres síndromes: despersonalización, desrealización y trastornos del yo. Los límites establecidos para su definición son laxos e insuficientes. Los autores exponen los modelos de yo, sujeto y autoconciencia que se han aplicado a estos fenómenos: el modelo de la psicología de facultades, el modelo de la autoconciencia como estructura reflexiva y el modelo de la conciencia como síntesis pasiva. Los objetivos del trabajo han sido mostrar las aporías que encierran dichos modelos y el desacuerdo resultante en su conceptualización clínica. Como conclusión se propone regresar al extrañamiento como experiencia primaria y atender a una reelaboración de los conceptos de sujeto y persona.

Palabras clave: despersonalización, desrealización, trastornos del yo, Psicopatología.

Summary

The history of estrangement as a clinical object is very recent and concrete. It is negatively defined through the following syndromes: depersonalization, derealization and disturbances of the self. The limits that are established for its definition are very lax and unsuitable. The models that have been applied to these phenomena are explained in this paper: the model of the psychology of faculties, the model of the self-awareness as a reflective structure and the model of the consciousness as a passive synthesis. The authors propose to recover estrangement as a primary experience and to concentrate on the concepts of subject and person's re-examination.

Key words: depersonalization, derealization, disturbances of the self, psychothology.

INTRODUCCIÓN

El nacimiento de un síndrome, sus desplazamientos en el orden de las clasificaciones clínicas y las formas de su estabilidad en la historia son el trasfondo elegido para esta investigación que ahora presentamos. Al asumir la dimensión histórica del síndrome como su premisa fundamental, prestaremos una atención particular a las condiciones y a los límites dados para su comprensión y entenderemos sus variaciones en el tiempo como el resultado de su subordinación a un sistema del saber dado.

La investigación histórica de un síndrome debe responder a un doble sentido. De una parte, debe dirigirse a una recuperación de su contexto de origen. De otra, conducirnos a una comprensión del problema, no sólo

desde aquellos aspectos que se han ido actualizando sucesivamente y que constituyen los diversos momentos de edificación de su saber médico, sino desde otros cuyo desarrollo potencial ha sido omitido. De acuerdo con esto, el problema del síndrome se debe formular prestando una atención diferente a los acontecimientos diacrónicos de la historia del pensamiento médico que creemos relacionados con la cuestión y a los elementos constitutivos de la realidad del problema, que de forma invariable nos hacen frente hoy como ayer. Seguir los primeros es un paso imprescindible para a continuación poder plantear la condición histórica, no sólo como un sustrato gramatical, sino como un horizonte de sentido, desde el que poder reconstruir la visión del problema en los diferentes momentos de su representación.

El síndrome de despersonalización tiene una historia reciente y concreta*. Estas dos características hacen po-

CORRESPONDENCIA:

C. Rejón Altable.
Servicio de Psiquiatría.
Hospital Universitario de la Princesa.
C/ Diego de León
55. 28006 Madrid.

* Hay una concordancia muy elevada con respecto al origen del síndrome y su desarrollo entre los diversos autores que hemos revisado.

sible una delimitación relativamente precisa del período histórico a estudiar y una selección y acceso suficientes al material. Una vez cumplida esta etapa del trabajo, las sucesivas tentativas de configuración del síndrome nos irán ilustrando sobre la manera en que el lenguaje descriptivo formula sus juicios e impone, como un *a priori*, un modo de ser único a los objetos de su campo de interés.

La inclusión de la persona en la medicina científico-natural a través de la psicología, la construcción de los complejos sintomáticos en la psiquiatría clínica, los modelos teóricos del yo, autoconciencia y personalidad, hicieron posible que las vivencias de extrañamiento fueran determinadas formalmente, alcanzaran una significación clínica y una entidad propia. La aposición sin más de términos derivados por etimología y la falta de un método para el análisis comparativo, en un plano de la subjetividad que se resiste particularmente a la objetivación, han terminado por sustraer estas vivencias de una elucidación psicopatológica que consideramos prioritaria¹. Esta ausencia lastra su confusa ubicación nosográfica y nos deja en un profundo desamparo: ¿hablamos de lo mismo cuando nos referimos a un aura epiléptica, a las vivencias de extrañeza mantenidas durante meses de un esquizofrénico o al desaparecido síndrome de despersonalización?

Resulta desconcertante reparar en que un síndrome que en el lenguaje común, a pesar de lo elusivo de las vivencias y la correspondiente abundancia de expresiones metafóricas, presenta notables semejanzas en fuentes diversas, se resiste a una elaboración psicopatológica. Las vivencias de extrañeza de sí mismo y del mundo circundante o las alteraciones en la vivencia del tiempo atraviesan en diagonal variadas funciones (o módulos o subsistemas) psicológicas. De otro modo, se dispersan por muchas de ellas sin dejarse explicar a partir de un déficit específico. Esa diseminación parece delinear el negativo de una instancia (o metasistema o superfunción) y solicitar que el objeto de estudio se desplace hacia ella. Así, tras una aproximación de rendimiento escaso que partía de la psicología de las facultades, la psicopatología de los estados de extrañamiento ha empleado el bagaje conceptual que proporcionaba el fenómeno de la autoconciencia y la tradición de su análisis. Debemos recordar que, durante el S. XIX, «persona» y «autoconciencia» se correspondían casi unívocamente², comunicaban a través de una autoconciencia pensada como reflexiva y egológica³ y asentaban en un elemento clave del armazón conceptual del siglo: un yo al tiempo fundante y fundado, cognoscente y por conocer⁴. Este marco que ciñe la paradoja del doblez empírico-trascendental, subtiende las distintas teorías psicológicas y permite comprender cómo la despersonalización o el automatismo mental se han asociado o distinguido, girando alrededor de un yo que conoce pero se desconoce, o bien que un solo autor reúna en un ensayo conceptos o teorías distintos (ver la introducción de Viviani y Berrios al artículo de Pick)⁵ sin que sienta la necesidad de una elaboración que exponga su raíz compartida, más evidente cuanto más oculta. Las

modernas ciencias del hombre se alojaron en esta paradoja del par empírico-trascendental y su desarrollo quedó así limitado por un *a priori* concreto de la historia de las ideas, que en Psiquiatría se prolonga hasta bien entrado el S. XX. En otro lugar⁶ hemos mostrado cómo la Psicopatología brota sobre este suelo y mantiene con él insoslayables dependencias. Ahora bien ¿merece la pena tomar en serio este carácter *a priórico*? No se trata de un modelo que puede tomarse o sustituirse según la libre voluntad de un autor. Muy al contrario, nos enfrentamos con un estrato de larga duración⁷ en el que encuentran sostén y fundamento teorías diversas y (ahora sí) modelos distintos; que en algunas propuestas se muestre de modo eminente, con notable riqueza de sugerencias y detalles no quita ni pone para dejar de apreciar lo que tiene de rasgo compartido y esencial. Es esencial en dos sentidos: constituye el fondo sobre el que podemos pensar y limita las respuestas que se darán a las preguntas. Fondo y respuestas que descansan sobre la misma subjetividad que garantiza la posibilidad de conocimiento (trascendental) y permanece objeto a conocer (empírica). En la segunda sección repasaremos cómo cada investigador ha desplazado su interés hacia uno de los dos extremos del doblete (por ejemplo Spitzer frente a Störring). Pero las insuficiencias y las contradicciones de esta manera de pensar la subjetividad, han ido forzando constantes revisiones. Las aportaciones de la Psicopatología fenomenológica deben entenderse en este sentido si no se quiere reducirlas de antemano a elucidaciones estériles. En cualquier caso se puede observar que, a pesar de la creciente sofisticación de sus conceptos, las mismas aporías se mantienen, en tanto que no fue capaz de pensar el sujeto fuera del modelo egológico y del doblete empírico-trascendental. Para evitarlas no queda más remedio que reconstruir de modo distinto la idea de sujeto.

Si la Psicopatología clásica no ha logrado medirse con el síndrome de despersonalización, se debe a elementos estructurales que debe resolver: cuál es la naturaleza de la relación de referencia de sus signos^{8,9}, cómo se pertenecen identificación e interpretación¹⁰, o de qué modo se relacionan teoría psicopatológica y práctica psiquiátrica¹¹. Pero en este artículo hemos decidido tratar explícitamente el paradigma de la autoconciencia y sus prolongaciones fenomenológicas, pues resulta fácilmente inteligible cómo se hizo necesario, ante la insuficiencia explicativa de los enfoques más abiertamente psicológicos, cómo pudo reducir una multiplicidad de fenómenos a unidad en apariencia coherente y cómo las constricciones y aporías que acarrea han impedido avanzar en la investigación psicopatológica y han planteado problemas que no pueden resolverse sin cancelar el propio paradigma. Entre tanto, el suelo epistemológico ha sufrido corrimientos profundos, y la autoconciencia sintética, unitaria y representante-constituyente puede ser sustituida como horizonte de inteligibilidad. Resolver las contradicciones que apareja, a la búsqueda de una cuenta más justa de los fenómenos de extrañamiento, fuerza a una reelaboración de los conceptos de Yo y autoconciencia que apuntaremos al final del artículo.

DESARROLLO HISTÓRICO DE LA PSICOPATOLOGÍA DEL EXTRAÑAMIENTO. INTRODUCCIÓN A SUS MODELOS TEÓRICOS

Las vivencias de extrañamiento y el modelo de la Psicología de facultades

Primeras aproximaciones casuísticas en la tradición descriptivista y concepto de despersonalización

En 1847 Billod describió un primer caso de una mujer con «abulia», en el que se destacaban unas vivencias de «extrañamiento» del cuerpo y de los objetos, que se expresaban metafóricamente como «distanciamiento y opacidad» respecto al entorno. En 1872 Krishaber distingue en 38 casos una forma particular de trastorno de la conciencia de personalidad (en el sentido apuntado más adelante), a la que llamó *névropathie cérébrocardiaque*, en la que identifica equivalentes de angustia, fatiga y ánimo deprimido, entre alusiones metafóricas semejantes. Taine fue el primero en poner de manifiesto en 1876 la importancia que podía tener la forma sintomática descrita por Krishaber como modificación de la personalidad para una fundamentación de la Psicología de la conciencia de yo. En 1898 Dugas publicó *Un cas de despersonnalisation*^{**} acuñando definitivamente el término «despersonalización» para un estado mórbido caracterizado por apatía, pérdida de la atención, disminución de la actividad automática y pérdida del sentido de ser una persona –complejo sintomático equivalente al de Krishaber–. En el caso descrito se aludía a ciertas vivencias que se interpretaban como «despegamientos» de los actos y los pensamientos del yo, tras los cuales aparecía una «extrañeza» en el sentido de expropiación: la síntesis psíquica por la que se apropia el yo de sus diferentes estados, la personalización, se había perdido. Desde supuestos semejantes, Bernard-Leroy sostuvo en 1898 la existencia de un trastorno específico de despersonalización, al que distinguía del delirio y en el que identificaba sentimientos de onirismo como si la realidad fuera un sueño, de distancia como si el sujeto estuviera aislado del mundo y de extrañeza y pérdida del control sobre determinadas acciones y pensamientos. Su hipótesis suponía la afectación de la facultad de la memoria para el reconocimiento.

^{**} Se cita a Hesnard (*Les troubles de la personnalité dans les états d'asthénie psychique*. París; 1907) como el primero en invocar los diarios de Henri-Frédéric Amiel en la cuestión de la despersonalización. De uno de sus pasajes, en los que el profesor de filosofía se observa «despersonalizado», se extrajo el término para después, por extensión semántica, iniciar su uso en el contexto clínico. Si los ejercicios de introspección literaria de Amiel corresponden a la descripción de una vivencia de despersonalización o no es algo en lo que no nos detendremos¹².

Por tanto, es posible observar cómo desde un principio con el término «despersonalización» se hace alusión a ciertas vivencias que se adscriben a la conciencia de sí mismo, y cómo la facultad específica de la que se hace depender tal conciencia debe aportar la carga de la prueba a la hora de dar cuenta del grupo de síntomas aislados. Los estudios destacados hasta el momento coinciden en la consideración sindrómica, es decir, en la identificación de un complejo sintomático relacionado, y en suponer tras el síndrome un trastorno en el mundo percibido y en la conciencia de yo, que pondría de manifiesto una alteración primaria de las sensaciones o del reconocimiento mnésico. En las revisiones posteriores estos estudios se van a dar a conocer como las tesis «sensualistas» y «mnésicas» sobre la despersonalización que abren el primer frente de hipótesis. El análisis de estas experiencias anómalas de los pacientes se realiza desde de una Psicología de las facultades actualizada^{***}. Krishaber, Taine, Ribot, como representantes de esta primera aproximación analítica, proponen por tanto, que un trastorno primario de las sensaciones estaría en la base del extrañamiento del mundo percibido y de la alteración de la conciencia de yo (despersonalización) que aparece en los citados pacientes.

Österreich y el postulado «emocionalista»

En la preeminencia de los sentimientos, como contraste, funda Österreich sus pretensiones explicativas. Teniendo como referencia las obras de Lipps¹², este autor concibe los sentimientos como los elementos condicionantes de los estados del yo (*Ichzuständlichkeiten*), los cuales no pueden situarse frente al yo, como si de objetos se tratara. De esta forma, los sentimientos constituyen indicadores inmediatos, no sólo de estados esenciales del yo, sino también de sus acciones y actividades, tanto en un modo general, como particular, es decir, acompañando selectivamente a cada una de las funciones, como la memoria o la percepción. Como concepto ejemplar de esta orientación queda el concepto de «sentimiento de acción», como un aspecto afectivo del estar ocupado psíquicamente.

Tanto la inhibición de la vida emocional en su conjunto, como la pérdida de este sentimiento de acción, son hipótesis emocionalistas que intentan explicar el mismo fenómeno de la despersonalización desde los mismos supuestos revisados más arriba, es decir, dentro del mismo modelo. Tanto unas interpretaciones como las otras se distinguen tan sólo por el peso dado a las diferentes facultades a las que atribuyen el origen de la conciencia y sus trastornos. Los problemas que pudieran generar las cuestiones fundamentales sobre la identidad y la

^{***} La Psicología de las facultades tiene una muy larga historia que no podemos repasar aquí. Durante el S. XIX considera las facultades mentales del hombre divididas en entendimiento, sentimiento y voluntad¹³.

y la experiencia quedan así soslayados, mediante una psicologización del yo.

La despersonalización y el modelo de autoconciencia como estructura reflexiva

En la obra de los autores que vamos a revisar a continuación el problema del yo se convierte, sin duda alguna, en el problema central. La impronta de las concepciones filosóficas en las investigaciones psicológicas se deja ver con mayor o menor provecho, pero su encuentro mutuo resulta cada vez más ineludible. Aunque para algunos autores la influencia de las teorías filosóficas restara ventajas¹² el análisis de la autoconciencia se hace de una sutileza creciente a medida que se va alejando progresivamente de alcances psicológicos. Se hace cada vez más precisa, por ende, la familiaridad con ciertos conceptos y formulaciones de tradición filosófica, con los que se va trabando el núcleo del problema al que nos dirigimos. De ahí que se haga necesaria al menos una so-mera presentación.

La renuncia a aceptar como válido el modelo previo surge de una nueva delimitación psicológica de la despersonalización. La alteración que traducen los síntomas descritos debe remontarse no a un grupo de elementos psíquicos, ya sean sensaciones, recuerdos o sentimientos, en el supuesto de que realmente pudieran distinguirse entre sí, sino a una actividad de síntesis, a un yo central, cuya pertenencia a la estructura vivencial se ve modificada. Ya no se trata, por tanto, de localizar la facultad deficitaria, sino de comprender la estructura de la vivencia.

En el modelo de la autoconciencia la perspectiva se construye una vez se despliegan al menos los dos planos necesarios: la vivencia del yo (*Icherlebnis*) y el conocimiento que de dicha vivencia tenemos, al que se llamará autoconciencia (*Selbstbewusstsein*). La condición de posibilidad de la autoconciencia radica en ese doblete: en cada acto existe un yo trascendental, que se me da como una vivencia inmediata, cuya efectuación empírica, cuya determinación individual se desarrolla como personalidad (*Persönlichkeit*)¹⁴. Mientras el yo trascendental tiene una constancia propia, permanece invariable, en la concreción de las vivencias se da una determinación individual y, como consecuencia, variable. De ahí que la personalidad sólo pueda reconocerse en la efectuación concreta de la vivencia.

La autoconciencia surge, entonces, de una vuelta reflexiva del yo (empírico) hacia sus propios procesos conscientes que dependen de él en tanto Yo (trascendental)¹⁵. Es decir, el eje del modelo de la autoconciencia se asienta en la paradoja de que uno mismo se descubra inmerso en su propia actividad vivencial.

Las aporías insolubles que este giro flexivo acarrear han sido expuestas con detalle por otros autores³ como por ejemplo: ¿cómo generar el sentido concreto del mundo experienciado desde las operaciones de una subjetividad general, representante y finita?, ¿cómo dar

cuenta de la realidad de los otros si el mundo al que pertenecen se constituye a partir de esas operaciones?, ¿cómo confirmar el reconocimiento de lo propio sin su conocimiento previo? En este ir y venir de lo empírico a lo trascendental, autores distintos localizarán la despersonalización o los trastornos del yo en uno u otro polo de la relación. Si K. Schneider aparta el extrañamiento del Yo, Pick¹⁶, Jaspers¹⁷ o Spitzer¹⁸ lo agrupan en sus alteraciones junto a fenómenos de automatismo mental o síntomas de primer nivel. Veremos cómo las dificultades que este modelo «cuasi perceptivo»¹⁹ implica llevará a distintos autores a multiplicar los retoques o limitar su importancia para el análisis de la despersonalización.

*La monografía de Schilder. Un primer estudio psicopatológico sistemático sobre la despersonalización*¹²

En contraposición a las tesis sensualistas y emocionalistas, el estudio de Schilder trae consigo un cambio de modelo en el sentido antes indicado, para cuya exposición resulta imprescindible hacer una breve mención a las reflexiones de Janet sobre la despersonalización. En su estudio sobre la obsesión y la psicastenia²⁰ Janet designa como «sentimiento de automatismo» el sentimiento de pérdida de la libertad de las acciones del hombre. Este autor entiende por «sentimiento de libertad» un sentimiento de unidad de todas nuestras tendencias, tanto las exigidas por causas externas a nosotros, como las surgidas de nuestro propio carácter. La vivencia resultante es la de un sentimiento de estar dominado por acciones que no proceden libremente de nuestra persona; de ahí el sentimiento de automatismo, que Janet pone en relación con la insuficiencia para la síntesis psíquica, para vincular las acciones con la integridad de la persona.

Las nociones de síntesis y de pertenencia a la persona entera exceden las posibilidades del modelo de la Psicología de facultades y desplazan el foco hacia aquella instancia que acompaña a toda vivencia y la vincula con una unidad de percepción. Se franquea así el paso a la obra de Schilder.

A partir de esa noción de despersonalización, como un vivenciar no vinculado con la totalidad de la persona, Schilder aprecia en sus exploraciones de los pacientes vivencias repetidas de contradicción. Destaca en ellas «la incapacidad para vivir en la cosa, y acompañarla [...] una deficiente inmersión del individuo en el objeto [...] y esa insuficiencia origina que la atención se distraiga del objeto hacia el vivenciar mismo». El autor encuentra en esto lo característico de la despersonalización, la «contradicción de la experiencia», es decir, el fenómeno de contraposición dado en el vivenciar, que pondría el yo frente a sus propios sucesos psíquicos, presentándolos en el curso de su cumplimiento¹² 90-96.

A partir de su lectura del Husserl de las *Ideas*²¹, en concreto de su comprensión de la conciencia como unidad vivencial, y del complejo noesis-noema, Schilder va reparando en el carácter de evidencia o no, para la esfera

de los sentimientos primero y después para la percepción y la representación. Esta contraposición entre la presencia y la ausencia del carácter de evidencia hace que el individuo, en consonancia con el trasfondo de sus sentimientos, no consiga alcanzar un sentimiento de evidencia, como cuando se cumple el acto intencional, sino que en ese momento es sujeto de un sentimiento nuevo de inautenticidad. Además, este sentimiento llega a constituirse en objeto mismo de un nuevo acto.

Su comprensión de la vivencia de inautenticidad como una cualidad afectiva, que se transforma en un acto a través de la autoobservación de ejecuciones psíquicas en su transcurso (distinción entre lo percibido como tal y el percibir, entre sentir y sentimiento) le conduce a una definición de la despersonalización como «un estado en el que el individuo se siente radicalmente transformado frente a su ser anterior. Esta transformación se refiere tanto al yo, como también al mundo exterior, y conduce a que el individuo no se reconozca como personalidad. Sus acciones le surgen automáticamente. Observa su actuar y su hacer como espectador. El mundo exterior le aparece como extraño y ha perdido su carácter de realidad».

Schilder, por último, explicaría el sentimiento de automatismo no como una pérdida de la autenticidad del acto volitivo, al no corresponderse con las tendencias del yo, sino como la pérdida de la vivencia misma del impulso volitivo.

Este esfuerzo analítico desplegado desde los dos caracteres propios que distingue en la despersonalización, la contradicción y la inautenticidad, fundan la pretensión de una psicología del yo, de la autoconciencia y de la conciencia de personalidad, que permita el análisis descriptivo-psicológico de la despersonalización como síntoma único y diferencial.

La monografía de Störring. Desarrollo del análisis estructural de la conciencia de yo²²

El progreso conceptual que hemos ido siguiendo hasta el momento alcanza en este autor su máximo rendimiento. Tanto la rigurosidad de su proceder descriptivo, como su conocimiento acerca de los supuestos teóricos sobre los que descansan las tesis precedentes, posibilitan a E. Störring la conclusión de un trabajo monográfico en el que se mantiene el necesario compromiso con la casuística. De su casuística sólo quedan excluidos *a priori* los casos de alucinaciones e ideas delirantes, al suponer modificaciones estructurales inaccesibles para el caso^{****}. De su investigación cabe resaltar lo siguiente:

**** Ya Schilder subrayaba también la presencia en la esquizofrenia de ciertos síntomas que, a pesar de una semejanza «externa» con los síntomas de la despersonalización, diferían respecto a estos últimos en su significado psicológico (no corresponde al objetivo del presente trabajo exponer la historia de la taxonomía de la despersonalización). Debemos señalar, sin embargo, que en las publicaciones revisadas es fácil encontrar una

1. En primer lugar sería necesario considerar una variada tipología de estados de despersonalización, que lejos de constituir una totalidad representan formas genealógicas y vivenciales distintas. Por tanto, debe establecerse una diferenciación de los estados de despersonalización.

2. En segundo lugar, cualquier estudio analítico debería plantearse sobre la base de una estructura dual del yo: el yo como objeto, como personalidad y el yo como sujeto. Los estados de despersonalización suceden a un yo que como sujeto está intacto, siendo capaz de referirse como objeto alterado. Así, la despersonalización sería la expresión de una modificación del yo como objeto, como personalidad.

Esta estructura fundamental de la conciencia dual del yo adquiere según Störring la función primordial de integrar los diferentes procesos psíquicos hacia la unidad. De su afectación diferencial se derivarían los distintos modos de vivenciar la despersonalización. Y es aquí donde el modelo permite establecer una tipificación de los estados de despersonalización: la que acontece como un intenso estado de tensión psíquica, como un extrañamiento del estado del yo, resultante de focalizar la atención hacia los propios acontecimientos psíquicos (en la tradición de Janet y Schilder, autoobservación compulsiva); la que acontece como automatismo, por supresión de los sentimientos de actividad, que en última instancia también estaría vinculada con la tendencia a una autoobservación; y la que tiene lugar como extrañamiento del propio cuerpo, en el contexto del aturdimiento onírico, cuando éste se relaciona con una modificación cuantitativa o cualitativa de las sensaciones corporales, y por tanto, del componente de la conciencia de yo que éstas constituyen.

La despersonalización y los trastornos del yo

Romperemos el orden someramente cronológico para introducir la obra de un conjunto de autores que van desde W. Mayer-Gross a M. Spitzer, cuyos trabajos en concreto sobre la despersonalización o el extrañamiento quizás hayan sido menos relevantes, pero apuntan a otro costado de la paradoja empírico-trascendental. Con estos trabajos quedaría cerrado el segundo modelo teórico que hemos presentado: todos ellos reúnen bajo una categoría común, la de los trastornos del yo, los estados de despersonalización agudos, las vivencias de extrañamiento crónicas o los síntomas de primer nivel de la esquizofrenia. La primera noticia de semejante acuerdo entre estos fenómenos diversos la encontramos en el trabajo de Pick publicado en 1903¹⁶, a pesar de que la hondura de su estudio psicopatológico de la conciencia de yo no debería resultar suficiente para acercar síntomas y síndromes tan diferentes. El horizonte intelectual de Pick parece ser

apelación a la esencia de la despersonalización como forma clínica sindrómica pura. Que ésta se adscriba a la psicastenia o a la melancolía parece más una cuestión de escuela²³⁻²⁵.

el mismo que el que Jaspers aclara y expone en su *Psicopatología General*. Los celeberrimos rasgos formales de la conciencia de yo (conciencia de actividad, unidad, identidad y oposición a lo externo) le permiten agrupar fenómenos dispares entre sí, para ir distribuyéndolos según sea uno u otro el rasgo afectado. La despersonalización será una alteración de la conciencia de actividad. Autores más recientes como Bash (que en la despersonalización encuentra afectada específicamente la referencia al yo)²⁶, Scharfetter²⁷ y Spitzer¹⁸ han insistido en esta misma opción. En Spitzer, como veremos a continuación, resulta de especial interés el empleo consciente y abierto de lo que llama «el marco de la filosofía trascendental», que no hace sino confirmar el marchamo kantiano del trabajo de Jaspers y agregar consistencia a la tesis que venimos desarrollando. Sin embargo, ninguno de ellos elucida las diferencias fenomenológicas, descriptivas o semiológicas del grupo de trastornos que reúnen. A pesar de la continua atención que algunos prestaron a la psicopatología de la esquizofrenia^{27,28} y de una experiencia clínica dilatada, parecen quedar atrapados por un «marco» que les impide establecer psicopatológicamente o justificar clínicamente ese carácter común que otorgan a síndromes distintos.

De una manera u otra, el estudio psicopatológico de la despersonalización va quedando al margen debido a que, por un lado, se supedita a un proyecto teórico más amplio (la exploración de los trastornos del yo) y, por otro, es sometido a las exigencias pragmáticas del cambio de siglo. Es decir, su alcance se irá recortando a medida que la Psicopatología vaya adoptando una vocación meramente diagnóstica.

El trabajo crítico de W. Mayer Gross

Los primeros cierres a los estudios analíticos previamente tratados comienzan a mostrarse de forma más manifiesta en el trabajo de este autor intensamente vinculado con las búsquedas de una psicopatología empírica y pragmática, dirigida hacia el proceso diagnóstico como conclusión del discurrir psicopatológico. La concepción de Mayer-Gross podría esquematizarse en dos aspectos. El primero significaría la reducción de la experiencia de extrañamiento a un complejo formal, «expresión funcional reactiva estereotipada», en el sentido de Bonhöffer, y la subsiguiente pérdida de cualquier valor de especificidad clínica. El segundo sería la escisión formal del complejo de la despersonalización hacia una segunda entidad, la «desrealización», que alude diferencialmente al extrañamiento del entorno^{29,30}.

K. Schneider y la «comprensión racional» de los trastornos del yo

La posición determinante de este autor se define claramente a partir de ciertos axiomas, que llevarán a reconsiderar como alteraciones de la vivencia de yo las for-

mas de despersonalización y de desrealización ya descritas en la literatura; los primeros axiomas corresponden a la dificultad para describir la vivencia de yo a partir de la vida psíquica normal, así como la inviabilidad y equivocidad del concepto «conciencia» desarrollado hasta el momento. Ello nos obligaría a una mera aprehensión «formal» de dicha vivencia y subsiguientemente al abandono de cualquier intento de analizarla. Si tenemos en cuenta que K. Schneider se inclina en su obra a favor de una «comprensión racional», que en el caso de cualquier déficit tiene solamente un valor indiciario, estos fenómenos estarían lejos de poder ser comprendidos. Como ilustra Martín-Santos al respecto: «Nos encontramos con que las vivencias propiamente patológicas, alteradas formalmente, no pueden ser comprendidas, sino simplemente pensadas»³¹.

El otro axioma corresponde a la necesidad de diferenciar claramente entre el acto de «vivencia del yo» como algo «formal» y el acto de reconocer, valorar y apreciar la personalidad propia.

Con el fin de separar definitivamente la patología de la vivencia del yo frente a la patología de las vivencias de la personalidad (concepto que ha cambiado de sentido y se acerca al que es común hoy en día)³² K. Schneider se remite y amplía los cuatro criterios formales de toda conciencia del yo desarrollados por Jaspers, reformando esta estructura de referencia. El autor se centrará en la que va a llamar «vivencia de lo propio», pues con respecto al vivenciar sentimientos o algunas formas de pensamientos, «no cabe hablar de actividad». Además va a distinguir la conciencia de existir, ya no como una subforma de la conciencia de actividad, sino propiamente como un quinto criterio, llamándolo mejor «vivencia de ser-ahí».

Desde su sistemática revisión de los criterios formales de la conciencia del yo, K. Schneider se propone clasificar la mayor parte de las vivencias de extrañamiento fuera del marco de los llamados trastornos del yo, relacionándolos «formalmente» con un vivenciar de la propia personalidad. Además, como acabamos de apuntar, introduce un desplazamiento semántico, en el que la «vivencia de actividad del yo» o «sentimiento de actividad» para la tradición Jaspers-Störring-Kronfeld³³ es entendida mejor como vivencia de propiedad sobre aquellas operaciones psíquicas que pueden reflejar lo propio y cuyos contenidos incorporan sensaciones y sentimientos.

Este giro del concepto hacia las vivencias de lo propio, con el fin de poder abarcar exactamente la vivencia de los sentimientos y algunas del pensar con elevado contenido afectivo, no alcanza sin embargo un mayor desarrollo, ante la dificultad para su correcta descomposición analítica («[...] es führte ins Boden und zu blossen Konstruktion»). La psicopatología de la vivencia de lo propio, introducida por Schneider con acierto, parece no poder fundarse al margen del concepto de conciencia de actividad y su tradición³³. Lo propio, según Schneider, debe poder reflejarse como tal; operaciones como la percepción quedan excluidas de esta vivencia, y por tanto de la esfera de la vivencia del yo.

Por vivencias de extrañamiento se apela frecuentemente (de forma equivocada según K. Schneider) a la irrealidad, la distancia y el encubrimiento. Éstas deberán referirse exclusivamente a la esfera del mundo de la percepción, y no vincularse por tanto, ni a las vivencias de lo propio, ni a la vivencia del yo: manifiestan la irrealidad del mundo percibido, no el extrañamiento de lo propio. Por tanto, mientras lo propio y lo ajeno son formas de la vivencia del yo, lo real o irreal son formas de un extrañamiento del mundo percibido.

Por todo ello, entendemos que aquí se hace una intervención definitiva en el desarrollo conceptual. A la vivencia del yo se incorpora una nueva dimensión formal, la de poder ser vivido como propio. Frente a la dimensión de conciencia de actividad, Schneider considera la vivencia de propiedad más adecuada para las emociones y sentimientos, contenidos que la determinan directamente. El mundo de la percepción queda excluido de la nueva dimensión formal, y con él las distintas formas de vivir la irrealidad, que ya no son en sentido estricto alteraciones de la vivencia del yo. Su intervención en el desarrollo conceptual parece, por consiguiente, contribuir al abandono de los análisis estructurales previos sobre la psicología del yo en el tratamiento del extrañamiento.

Dada la complejidad para aprehender las distorsiones de la vivencia del yo en el pensar y en la corporalidad aludidas en la esquizofrenia, las dudas respecto a su inmediatez y su «incomprensibilidad», se determinarán por caracterización negativa y se adscribirán a la pérdida de la vivencia de lo propio, constituyendo las formas verdaderas de trastornos de la vivencia del yo³⁴.

M. Spitzer y el proyecto de actualización de los trastornos del yo

M. Spitzer sitúa el concepto de *Ichstörungen* en la tradición clínica alemana y lo diferencia de otros conceptos propios de la tradición anglosajona, como los de *passivity phenomena*, *inner-outer confusion*, *loss of control*, *delusion of being control* y *delusion of reference*. Esta diferenciación de campos semánticos, que según Spitzer delimitan una constelación de fenómenos de idéntica naturaleza, obedece a dos concepciones teóricas divergentes, aplicadas supuestamente a los mismos fenómenos. De un lado, la tradición alemana describe los trastornos del yo como vivencias inmediatas anómalas. De otro lado, la tradición anglosajona los considera dentro del amplio repertorio temático de los delirios y, por ende, ve en ellos falsos juicios o errores de inferencia sobre experiencias perceptivas o emocionales alteradas.

Más próximo a la tradición clínica alemana, Spitzer considera que estos fenómenos forman parte ya del campo experiencial del paciente. Su merma y es insuficiente descripción por pacientes y clínicos no es sino la expresión de su condición básica, y suponemos que, por tanto, previa a su oportuna elaboración metafórica¹⁸. Las dificultades para la correcta descripción de estos fenómenos (deberíamos reflexionar sobre el significado de

corrección y eficacia descriptivas) estriban por tanto en su carácter «básico» (¿pero básico aquí significa fundamental, originario o quizás preexperiencial?), por un lado y, por otro, en la ausencia de un modelo teórico de la estructura posibilitante de la experiencia normal. Sorprende esta afirmación, por cuanto parece omitir toda la serie de trabajos previos sobre la Psicopatología del extrañamiento y las teorías de los trastornos del yo.

Una vez asumida la necesidad de un esquema sobre el sujeto de experiencia, como «guía» a seguir para poder interpretar los testimonios de los pacientes, Spitzer escoge la filosofía trascendental, representada por Kant en la *Crítica de la razón pura*. Esta versión hacia la filosofía trascendental, insuficientemente explicada, traduce la convicción del autor de que ésta será capaz de dotar del adecuado marco teórico a la descripción, no sólo de la experiencia normal, sino de los trastornos de la misma. De ahí que Spitzer observe esta comunidad de fenómenos a través de la óptica de lo trascendental, como «... algo que (*a priori*) la precede (a la experiencia)»****, la hace posible.

Esta apuesta por la esquematización, entendiendo por tal el ejercicio de determinar la experiencia empírica hacia un modelo teórico de causalidad, permite a Spitzer realizar una crítica contundente a los trabajos de K. Schneider y de Ch. Scharfetter sobre los trastornos del yo, y a la concepción anglosajona de dichos trastornos como variantes temáticas de la «experiencia delirante».

El proyecto teórico de Spitzer tiene una escasa consistencia: si bien en primer lugar pone en duda la posible descripción de estos fenómenos, pues son tan básicos que no se encuentran términos dentro de la experiencia normal para su metáfora, por otro lado, afirma que una teoría previa de la estructura funcionante que hace posible la experiencia normal, en este caso la filosofía trascendental como teoría de los momentos estructurales de experiencia, es el marco adecuado para la descripción de estas experiencias patológicas.

La despersonalización según el análisis fenomenológico de la conciencia

En la segunda sección comprobábamos que la insuficiencia de la Psicología de las facultades empujó a Janet y a Schilder a plantear preguntas y darse respuestas que aún hoy nos interpelan directamente. Pero debemos recordar que el modelo de la autoconciencia no está libre de contradicciones y debilidades. La fenomenología hizo suyo el trabajo de darles respuesta. Interesa insistir en que las investigaciones fenomenológicas se disponen en rigurosa continuidad con los trabajos revisados. El propio Husserl³⁵ considera su obra una profundización del trabajo de Kant. Su afinidad permitió que la Psicopatología integrara distintas aportaciones de Husserl sin que se

**** La cita de Kant (*Kritik der reinen Vernunft*) está tomada del texto de M. Spitzer. Los paréntesis son de los autores de este artículo.

resintiera la arquitectura profunda del sistema. Más allá de la influencia de su obra temprana en el desarrollo de la psicología de la Gestalt³⁶, la descripción del acto intencional en tanto modo primario de relación con el mundo, la posibilidad de fundamentar sobre ella una ciencia rigurosa de la conciencia^{21,35,37,38}, el concepto de reducción eidética²¹ y el vínculo de evidencia y verdad³⁶ proporcionaban a las investigaciones psicopatológicas^{39,40} un método para estudiar con rigor vivencias que se escurrían ante las descripciones objetivantes.

Pero la obra de Husserl se anima por un pensar permanentemente a la contra de las posibilidades que su tradición le facilita. Así, Husserl encontrará una subjetividad corporal y prejudicativa (es decir, que no es pura y no se organiza mediante la formulación de juicios)^{35,41} anterior a las operaciones de conciencia que se inserta mediante operaciones de síntesis pasiva⁴² (es decir, previas a la actividad judicial antedicha) en un mundo pensado como horizonte de sentido y matriz de evidencias, lógicamente previo al mundo kantiano compuesto por la totalidad de los entes³⁵. Si de la facultad aislada se pasó a la síntesis de un Yo, mantener este argumento a fondo le llevará a postular la existencia de un suelo de evidencias anteriores a cualquier actividad del Yo, que antecede las operaciones de conciencia y con las que guarda equilibrio. Este equilibrio entre síntesis pasiva y activa sostiene los trabajos de Blankenburg⁴³ (o los inspirados por él⁴⁴) y Stanghellini sobre la evidencia natural y el sentido común⁴⁵. En las conclusiones, reelaboraremos estos motivos desde la perspectiva del síndrome de despersonalización. El que no se haya profundizado en ellos carga las investigaciones fenomenológicas con el mismo lastre del que intentaban desprenderse. En última instancia, la conciencia trascendental y constitutiva no puede por sí sola dar razón rigurosa del síndrome.

J. E. Meyer: La estructura diádica de la despersonalización

En su trabajo monográfico sobre la despersonalización^{46,47}, Meyer redundaba en la ya tradicional delimitación de los síntomas de desrealización y de despersonalización frente a los trastornos del yo en una primera parte de su trabajo, para considerar en una segunda el fenómeno de la despersonalización y el fenómeno de la obsesión, como trastornos polares de la relación yo-mundo. Retoma los argumentos de Jaspers y de Schneider de forma cuidadosa, apreciando en la organización de sus conceptos una esquematización un tanto «engorrosa», en lo que a la voluntad de clarificación de los trastornos fundamentales se refiere. Es decir, el estudio asume la sistematización previa, las mismas dimensiones formales para el abordaje de la conciencia de yo propuestas por Jaspers, si bien sin la preeminencia del concepto de «vida psíquica normal» como «tipo ideal», ni la estricta economía de esfuerzos descriptivos de los antecesores nombrados.

Con estas dos correcciones iniciales y al hilo de un estudio catamnésico de 10 casos de despersonalización y sus subsiguientes diagnósticos diferenciales, Meyer realiza una delimitación fenomenológica determinada por la suposición de cualidades defectuales diferentes. Las formas de constituirse, de darse la conciencia del yo apreciadas por Jaspers sirven en este estudio para una aprehensión cualitativa mucho más precisa, configurada desde la especificidad de las vivencias esquizofrénicas. El trabajo propone por consiguiente: primero, la diferenciación de matices vivenciales en la esfera de lo extraño, distinguiéndose lo amenazante en las experiencias de la esquizofrenia, como resultado del «aislamiento del mundo exterior y un estar abandonado sin defensa». Segundo, la reactividad de estas vivencias, es decir, su dinámica como reacciones vivenciales, que permitirá aludir al concepto de desarrollo «allá donde un síndrome de despersonalización desemboca en una psicosis esquizofrénica».

Es importante apuntar que la distinción cualitativa formulada por el autor hace referencia no sólo a un estado prodrómico, sino también a fases de tema predelirante, diferentes ya por la puesta en relación delirante.

Kimura. Un análisis fenomenológico-trascendental de la despersonalización

Llevar los estados de despersonalización hacia la relación originaria entre hombre y mundo, aquella que precede a todo conocer y sentir, que es portada en toda posibilidad de ser, es un punto de partida de la Psicopatología analítico-existencial de E. Strauss. Desde él inicia Kimura⁴⁸ su análisis fenomenológico de la despersonalización como «sentimiento de pérdida del yo, de extrañeza del mundo de los objetos (que incluiría el propio cuerpo) y de discontinuidad del tiempo y del yo». El autor recibe un complejo sintomático que, al igual que Meyer, considera como dos formas de un mismo trastorno de la relación yo y mundo.

El yo originario es, como tal, inalcanzable por medio de la reflexión, de la autoconciencia. Por tanto, para que el análisis sea correcto éste sólo puede ser reducido al momento de certeza por el que una imagen objetivada del yo, sea como representación, sea como estado de percepción inmediata, nos es propia. Cuando en cada encuentro con el mundo la certeza ya no se sostiene, esa cualidad del yo que se adiciona al percibir y que se expresa en la estética, simpatía y fisonomía del mundo, se pierde, y ese mismo mundo queda reducido a una simple combinación de estímulos pasivamente captados (desrealización y despersonalización). En nuestro estar intencionalmente dirigidos al mundo se introduce una discontinuidad (desrealización y despersonalización), que impide que el yo se actualice como totalidad, se viva como idéntico, continuo, consecutivo.

Según el análisis de Kimura y sus referencias al análisis constitutivo de la conciencia del yo, el complejo sintomático de la despersonalización traduce los diversos aspectos de una misma estructura disfuncional: «el extra-

ñamiento del mundo de los objetos, la pérdida del sentimiento de ser- ahí y la vivencia de discontinuidad».

CONCLUSIONES

Estamos ahora en condiciones de entender cómo el estudio psicopatológico de la despersonalización ha ido levantando capas cada vez más profundas de la subjetividad. Desde la afectación aislada de una facultad, pasamos al Yo como actividad sintética y representante. Y desde ahí, parece imponerse la búsqueda de soluciones a las aporías que la reflexión fenomenológica arrastra, singularmente el problema de la constitución del mundo y del otro desde la propia conciencia⁶. Pero esa búsqueda arranca a su vez de los trabajos tardíos de Kant y de Husserl^{35,41,49-51}. Debe manejar una subjetividad prejudicativa, corporalmente instituida, que se inserta en un mundo de sentido pasivamente dado. Desde esta subjetividad previa, un Yo activo puede operar objetivaciones lingüísticamente mediadas del mundo (el proceso resultará familiar a los lectores de Piaget). Esta propuesta permite entender los trabajos de Schiller, Janet, Störring o Meyer. Los fallos en los procesos pasivos de inserción en la matriz de evidencia del mundo de la vida provocan alteraciones (en la percepción de los objetos, del propio cuerpo o la vivencia del tiempo) que una superestructura objetivante intacta identifica y critica.

Tras la revisión realizada parece necesaria una vez más la vuelta hacia la experiencia primaria, a la experiencia problemática, para poder pensar acerca de los agregados o grupos sintomáticos. Las experiencias primarias ofrecen al psicopatólogo unas estructuras de por sí sistemáticas, prejudicativas, y fundamentadoras de todo proceso intelectual. Es decir, su valor no es primariamente diagnóstico, ni deben adecuarse al cumplimiento de un marco nosológico. Estas experiencias se hacen en el encuentro con el paciente, tanto más sustancioso y abierto para su análisis psicopatológico, cuanto menor es la imposición de un esquema clínico o de un modelo teórico predeterminante^{*****}. Acerca del efecto plástico configurador de los diferentes modelos empleados, creemos haber dado ejemplos suficientes. El resultado de las sucesivas perspectivas adoptadas para el conocimiento de este fenómeno ha sido su paulatina extinción. Finalmente, su presencia es anecdótica en el repertorio actual de conocimientos con los que el psiquiatra se maneja en la práctica diaria.

Junto con la reconsideración del material que nos ofrecen las experiencias primarias, urge un trabajo sobre el concepto de yo que lo alivie de la carga de reflexiones epistemológicas de antaño. Su vacío debe comenzar a llenarse respetando un perfil que, siquiera en negativo, dibujan las premisas siguientes: primero, la autoconciencia y por ende la familiaridad consigo y con el mundo no puede ser pensada ya como un proceso reflexivo y egológico,

pues emborrona las peculiaridades del fenómeno. Existen suficientes³ argumentos para considerarla un fenómeno inmediato, quizá con una base lingüística. Segundo, el yo no puede pensarse como un efector de síntesis. Su hacerse se sitúa en un transitar entre las potencialidades del sujeto y las posibilidades del mundo, al que se halla siempre abierto^{51,52}. Este transitar, corporalmente mediado⁴⁹, acontece por fuerza en el tiempo, y a su través, conforma un equilibrio entre identidad y diferencia^{53,54} sobre el que asienta la personalidad del individuo.

Ambos requisitos y los hallazgos tardíos de Husserl y Kant que hemos expuesto, delimitan una posible reelaboración del concepto de subjetividad con el que malfunctiona la Psicopatología contemporánea, tarea obligada si nos hemos de ver, como en la práctica nos vemos, ante fenómenos tan elusivos como los revisados. Replantear la cuestión sobre el fenómeno de extrañamiento en la Psiquiatría, entendido éste como experiencia primaria, debería permitirnos su explotación epistemológica. Por ésta entendemos la apertura hacia nuevas perspectivas de reflexión, desde el modo emergente con el que se presenta al paciente y con el que distorsiona el contexto situacional. El carácter problemático del extrañamiento en la práctica de la Psiquiatría permanece vigente y nos solicita su nueva formulación, en el marco de una Psicopatología que debe aún superar su condición de ciencia descriptiva, para alcanzar la síntesis de sus saberes y la fundamentación de su conocimiento en un sistema que exprese la estructura de lo real.

BIBLIOGRAFÍA

1. Sims A. Towards the unification of body image disorders. *Br J Psychiatry* 1988;153(Suppl 2):51-6.
2. Berrios GE. The history of mental symptoms. *Descriptive psychopathology since the nineteenth century*. Cambridge: Cambridge University Press; 1996.
3. Frank M. La piedra de toque de la individualidad. Reflexiones sobre sujeto, persona e individuo con motivo de su certificado de defunción postmoderno. Barcelona: Herder; 1995.
4. Foucault M. Las palabras y las cosas. Madrid: Siglo XXI; 1997.
5. Viviani R, Berrios GE. Introduction to "On the pathology of the consciousness of the self". *History of Psychiatry* 1996;7:319-23.
6. Ramos Gorostiza P, Rejón Altable C. Una introducción a la psicopatología: el esquema de lo concreto. Madrid: Triacastela; 2002.
7. Braudel F. La historia y las ciencias sociales. Madrid: Alianza; 1968.
8. Peirce CS. *Obra lógico-semiótica*. Madrid: Taurus; 1987.
9. Eco U. *Tratado de semiótica general*. 5ª ed. Barcelona: Lumen; 2000.
10. Ramos Gorostiza P, Rejón Altable C. Los síntomas de la psicopatología. Identificación e interpretación. *Actas Esp Psiquiatr*. En prensa 2002.

***** El modo de volver practicable esos requisitos ha sido descrito por extenso en Ramos Gorostiza et al^{6,51}.

11. Rejón Altable C. Teoría y práctica en la percepción delirante. Archivos de Psiquiatría 2002 (en prensa).
12. Schilder P. Selbstbewusstsein und Persönlichkeitsbewusstsein. En: Alzheimer A, Lewandowsky M, editores. Monographien aus der Gesamtgebiete der Neurologie und Psychiatrie, Vol. 9. Berlin: Julius Springer; 1914.
13. Berrios GE. European views on personality disorders: a conceptual history. Compr Psychiatry 1993; 34:14-30.
14. Kant I. Antropología en sentido pragmático. Madrid: Alianza; 1991.
15. Kant I. Kritik der reinen Vernunft. Hamburg: Meiner; 1974.
16. Pick A. On the pathology of the consciousness of the self. A study of general psychopathology. History of Psychiatry 1996;7:324-32.
17. Jaspers K. Allgemeine Psychopathologie. (6. Auflage ed.) Berlin Göttingen Heidelberg: Springer; 1953.
18. Spitzer M. Ichstörungen: In Search of a Theory. En: Spitzer M, Uehlein FA, Oepen G, editores. Psychopathology and Philosophy. Berlin Heidelberg New York: Springer-Verlag; 1988. p. 166-79.
19. Mellor CS. Depersonalisation and self perception. Br J Psychiatry 1988;153(Suppl 2):15-9.
20. Janet P. Les obsessions et la psychasthénie. Paris: Alcan; 1903.
21. Husserl E. Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie. Husserliana Bd. III.1. Den Haag: Nijhoff; 1976.
22. Störing E. Die Depersonalisation. Eine psychopathologische Untersuchung. Archiv für Psychiatrie und Zeitschrift f. d. ges. Neurologie 1932;98:462-545.
23. Gebattel V.E.Fv. Zur Frage der Depersonalisation (Ein Beitrag zur Theorie der Melancholie). Nervenarzt 1937;10:169-78.
24. Glatzel J. Denkstörung und Gefühlsentfremdung bei der cyclothymen Depression. Archiv für Psychiatrie und Zeitschrift f. d. ges. Neurologie 1968; 210:359-72.
25. Glatzel J. Über das Entfremdungserlebnis. Zeitschrift für die Psychotherapie und medizinische Psychologie 1971;21:89-99.
26. Bash KW. Psicopatología General. Madrid: Morata; 1965.
27. Scharfetter C. Introducción a la psicopatología general. 3ªed. Madrid: Morata; 1988.
28. Scharfetter C. Ich-Psychopathologie des schizophrenen Syndroms. Nervenarzt 1982;53:262-7.
29. Mayer-Gross W. On depersonalisation. Br J Med Psychol 1935;15:103-22.
30. Mayer-Gross W, Slater E, Roth M. Depersonalisation. En: Slater E, Roth M, editores. Clinical Psychiatry. London: Baillière, Tindall and Cassell; 1969. p. 119-24.
31. Martín-Santos L. Diltthey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental. Madrid: Paz Montalvo; 1955.
32. Schneider K. Las personalidades psicopáticas. Madrid: Morata; 1980.
33. Kronfeld A. Über schizophrene Veränderungen des Bewusstseins der Aktivität. Z Ges Neurol Psychiatr 1922;74:15-68.
34. Schneider K. Notiz über Ichstörungen und Entfremdungen. Fortschr Neurol-Psychiatr Grenzgeb 1949; 17:343-7.
35. Husserl E. La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental. Barcelona: Crítica; 1991.
36. Thinès G. Fenomenología y ciencia de la conducta. Madrid: Pirámide; 1978.
37. Husserl E. Logische Untersuchungen. Bd 1. Tübingen: Max Niemayer; 1968.
38. Husserl E. Logische Untersuchungen. Bd 2. Tübingen: Max Niemayer; 1968.
39. Sigmund D, Barnett W, Mundt C. The Hysterical Personality Disorder: A Phenomenological Approach. Psychopathology 1998;31:318-30.
40. Sigmund D, Mundt C. The Cycloid Type and Its Differentiation From Core Schizophrenia: A Phenomenological Approach. Compr Psychiatry 1999; 40:4-18.
41. Ramos Gorostiza P. Método trascendental y método fenomenológico en psicopatología: corporalidad y subjetividad. Asclepio I; 1992.
42. Husserl E. Analysen zur passiven Synthesis (Hu. Bd. XI). Den Haag: Martinus Nijhoff; 1966.
43. Blankenburg W. Der Verlust der natürlichen Selbstverständlichkeit. Stuttgart: Enke; 1971.
44. Neaudin J, Azorin JM, Mishara A, Wiggins O, Schwartz MA. Schizophrenia and common sense: study of three single cases. Psychopathology 2000;33: 275-82.
45. Stanghellini G. At issue: vulnerability to schizophrenia and lack of common sense. Schizoph Bull 2000; 26:775-87.
46. Meyer JE. Studien zur Depersonalisation I. Mschr Psychiat Neurol 1956;132:221-32.
47. Meyer JE. Studien zur Depersonalisation. II. Mschr Psychiat Neurol 1957; 133.
48. Kimura B. Zur Phänomenologie der Depersonalisation. Nervenarzt 1961;34:391-7.
49. Rivera de Rosales J. Kant: la «Crítica del juicio teleológico» y la corporalidad del sujeto. Madrid: UNED; 1998.
50. Kant I. Transición de los principios metafísicos de la ciencia natural a la física (Opus postumum). Barcelona: Anthropos; 1991.
51. Ramos Gorostiza P, Rejón Altable C. Reflexión y reconstrucción del hecho psicopatológico. En: Baca E, Lázaro J, editores. Hechos y valores en psiquiatría. Madrid: Triacastela; 2002.
52. Duque F. El mundo por de dentro. Barcelona: Ediciones del Serbal; 1995.
53. Gabilondo A. La vuelta del otro. Diferencia, identidad, alteridad. Madrid: Trotta-Universidad Autónoma de Madrid; 2001.
54. Ricoeur P. Soi-même comme un autre. Paris: Seuil; 1990.